

Ponerse a sembrar. Lugares, percepciones, protagonistas en los inicios del seminario

*Getting down to Sowing.
Places, Perceptions, Protagonists in the Beginnings of the Seminar*

STEFANO PEREGO

Seminario Arzobispal de Milán
stefanoperego@seminario.milano.it

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v70i234.3407>

SUMARIO: Institución dedicada a la educación e instrucción de un clero conforme a la visión tridentina del sacerdocio, el seminario es el fruto eclesial de un largo camino, cuyas etapas merecen ser investigadas para recoger algunas luces y conocer a los protagonistas que fueron haciendo madurar la decisión del Concilio, que en julio de 1563 colocó el canon *Cum adolescentium aetas* entre los decretos para la reforma de la Iglesia. A lo largo de las distintas etapas del Concilio, la necesidad de tener un vivero –*seminarium*– de vocaciones pasó a primer plano gracias a los cardenales Morone y Pole en diálogo con la Compañía de Jesús y con Carlos Borromeo. Empezando por la de Larino, entre las primeras fundaciones destacan por su ejemplaridad las de Roma y Milán, esta última marcada por la alternancia de jesuitas y oblatos.

PALABRAS CLAVE: Concilio de Trento, fundación del seminario, formación sacerdotal, Carlos Borromeo.

ABSTRACT: An institution dedicated to the education and instruction of a clergy in conformity with the Tridentine vision of the priesthood, the Seminary is the ecclesial fruit of a long journey, whose stages deserve to be investigated in order to shed some light and to get to know the protagonists who brought to maturity the decision of the Council, which in July 1563 placed the canon *Cum adolescentium aetas* among the decrees for the reform of the Church. Throughout the various stages of the Council, the need to have a seedbed –*seminarium*– of vocations came to the fore thanks to Cardinals Morone and Pole in dialogue with the Society of Jesus and Charles Borromeo. Beginning with Larino, among the first foundations, those of Rome and Milan stand out for their exemplary nature, the latter marked by the alternation of Jesuits and Oblates.

KEYWORDS: Council of Trent, Foundation of the Seminary, Priestly Formation, Charles Borromeo.

1. INTRODUCCIÓN

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, el seminario se propone como una experiencia formativa privilegiada para asegurar a las Iglesias locales un clero conforme a la visión tridentina del sacerdocio¹. Esta experiencia fue el resultado de la «conexión entre textos dogmáticos y decretos de reforma» orientados a «remediar los abusos en el seno de la Iglesia»². Se trata de una formación a menudo más práctica que especulativa, orientada a una *cura animarum* concreta y competente, una antigua «*ars artium*»³ ejercida en estrecha dependencia del obispo, llamado a residir en su propia sede, a visitar la Iglesia a él confiada y a velar por la ejemplaridad del clero. Las críticas formuladas desde diversos ámbitos a la calidad de la formación cultural y de la vida moral de los sacerdotes, junto con la insistencia protestante en un sacerdocio común a todos los bautizados, explican por qué el Concilio quiso indicar un camino eficaz para afrontar una dilatada emergencia eclesial. Al confirmar como necesaria la distinción entre clero y laicado, y al reafirmar el fundamento sacramental de un ministerio ordenado íntimamente ligado a la presidencia de la eucaristía, los protagonistas de las diversas sesiones del Concilio de Trento orientaron el camino y el rostro de la Iglesia católica, inaugurando lo que Hubert Jedin ha denominado la «era confesional»⁴. En

1. M. Guasco, «La formazione del clero: i seminari», en G. Chittolini - G. Miccoli (eds.), *Storia d'Italia. Annales*, IX. *La Chiesa e il potere politico dal medioevo all'età contemporanea*, Turín 1986, 631-715; Id., *La formazione del clero*, Milán 2002; F. Marchisano, «L'evoluzione storica della formazione del clero», *Seminarium* 25 (1973) 299-322; O. Pasquato, «La formazione del presbitero nella tradizione ecclesiale dalle origini dal Concilio di Trento (1545-1563): rapporti con *Pastores dabo vobis*», en L. Andreatta - F. Marinelli (eds.), *Gli operatori pastorali del pellegrinaggio*, Casale Monferrato 1994, 181-220; M. Sangalli, «La formación del clero católico en la edad moderna. De Roma, a Italia, a Europa», *Manuscripts* 25 (2007) 101-128; M. Tagliaferri, «Ministero e spiritualità del prete: modelli formativi», en S. Noceti et al. (eds.), *Il prete. Il suo ministero, le sue relazioni*, Milán 2023, 243-292, pp. 262-283. Una colección de fuentes aún útil es *Sacra Congregatio pro Institutione Catholica* (ed.), *Enchiridion Clericorum. Documenta Ecclesiae futuris sacerdotibus formandis*, Ciudad del Vaticano 1975.

2. G. Bedouelle, *La riforma del Cattolicesimo (1480-1620)*, Milán 2003, 81-82.

3. Así lo indica Gregorio Nacianceno en su *λόγος ἀπολογητικός* (*Oratio II* 16). Pasando por Gregorio Magno (*Regula pastoralis* 1,1) esta cualificación fue recogida por el concilio que el papa Inocencio III convocó en Letrán en 1215: «Puesto que el gobierno de las almas es el arte de las artes, ordenamos formalmente a los obispos que instruyan diligentemente a los que han de ser promovidos al sacerdocio (*Cum sit ars artium regimen animarum, districte praecipimus, ut episcopi promovendos in sacerdotes diligenter instruant*)» (Concilium Lateranense IV, *Constitutio XXVII de instructione ordinandorum*; G. Alberigo et al. (eds.), *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, Bolonia 2002, 248 [COD], 248). T. Citrini, *Presbiterio e presbiteri, V. Canonici, scolastici, parroci, frati (XII-XIII secolo)*, Milán 2018, 114-116.

4. «*Das konfessionelle Zeitalter*» (H. Jedin, *Storia del Concilio di Trento*, IV/2, Brescia 2010, 360).

este sentido, la nueva institución encargada de la educación e instrucción del clero secular pasó a formar parte de los instrumentos destinados a preservar la catolicidad de la cristiandad occidental, una catolicidad que estaba confiada en «un muro doctrinal, canónico y pastoral infranqueable, que favorecía la concentración de la jerarquía y de los fieles en torno al papa»⁵.

Al iniciar esta breve incursión en los orígenes del seminario tal como el Concilio de Trento lo propuso a las Iglesias –sin pretender por ello iluminar la evolución posterior de esta institución–, puede ser útil evocar la carta apostólica de Pablo VI sobre la formación de los seminaristas redactada en medio de la gran aventura del Concilio Ecuménico Vaticano II⁶. Cuatro siglos después del decreto tridentino, el papa evoca el tiempo pasado por Jesús en Nazaret como modelo para la formación y el discernimiento ofrecidos en el seminario, donde unos discípulos se preparan para ser testigos de la Palabra de Dios hecha carne mediante la ejemplaridad de vida, el anuncio del evangelio y la celebración de los sacramentos. Dirigiéndose a los jóvenes candidatos al sacerdocio, la Iglesia se reconoce llamada a realizar una precisa labor educativa para orientar y acompañar su imitación de Cristo, a fin de que los discípulos sean sal de la tierra y luz del mundo.

Recordando las razones que habían impulsado a los Padres tridentinos a pedir la creación de seminarios en cada diócesis, el papa Montini se refiere a la preocupante difusión de la «malicia del mundo (*mundi improbitas*)» entre los miembros del clero, acompañada de sensibilidades ajenas al cristianismo (*ethnicorum sensus*) en las instituciones encargadas de la educación de los jóvenes⁷. Entre los siglos XV y XVI, estas consideraciones obligaron a revisar los modos de selección y formación de los candidatos a las órdenes. La Iglesia de Roma vio nacer así colegios especiales de la mano de los cardenales Domenico Capranica y Stefano Nardini⁸, al tiempo que surgieron iniciativas similares en las Iglesias española y francesa. A estas instituciones se uniría el siglo siguiente una doble fundación promovida por Ignacio de Loyola: por un lado el *Collegium Romanum* para la preparación académica; por otro, el *Germanicum* para la formación cultural y espiritual⁹. Una vez conocida la ini-

5. V. Peri, «Trento: un concilio tutto occidentale», en A. Melloni *et al.* (eds.), *Cristianesimo nella storia. Saggi in onore di Giuseppe Alberigo*, Bologna 1996, 213-277, p. 215.

6. Pablo VI, ep. ap. *Summi Dei Verbum*, 4 de noviembre de 1963: *AAS* 55 (1963) 979-995; *Osservatore Romano*, 4-5 de noviembre de 1963, 6-7.

7. Pablo VI, ep. ap. *Summi Dei Verbum*; 980; 6.

8. G. Pelliccia, *La preparazione ed ammissione dei Chierici ai Santi Ordini nella Roma del secolo XVI. Studio storico con fonti inedite*, Roma 1946, 125-148.

9. M. Guasco, *La formazione del clero*, 29-30.

ciativa de la Compañía de Jesús, el cardenal Reginald Pole la implantó en su propia Iglesia después de que el Sínodo, reunido en Londres en febrero de 1556, expresara el deseo de contar con un *seminarium* –un semillero fecundo– de vocaciones sacerdotales. El eco de estas experiencias llegaría hasta Trento, confirmando intuiciones presentes desde el inicio del Concilio.

Aplicadas o ignoradas, las indicaciones tridentinas marcan la historia del clero hasta la etapa del Concilio Vaticano II y siguen ejerciendo una notable influencia en los caminos del discernimiento y de la formación¹⁰. El seminario trata de responder a una antigua y siempre actual necesidad de la Iglesia, llamada a traducir el amor de Cristo Jesús en los acontecimientos de la humanidad y, al mismo tiempo, expuesta al riesgo de traicionarlo¹¹. De hecho, es precisamente en la tensión entre traducción y traición donde la Iglesia se encuentra continuamente «*reformanda tam in capite quam in membris*»¹², como señalan las *Decretales* de Gregorio IX, y reconoció el Concilio reunido en Constanza para poner fin al cisma que había dividido a los cristianos de Occidente en la obediencia debida primero a dos, y luego a tres papas residentes en Roma, Aviñón y Pisa. Si en la consumación de una nueva división entre católicos y protestantes los reformadores holandeses del siglo XVII habían insistido en *semper reformanda*, el Vaticano II no podía dejar de reiterar que la Iglesia «es santa y al mismo tiempo necesita purificación»¹³. Como semillero abierto para alejar a los adolescentes de los excesos del mundo –*mundi voluptates*–, orientándolos hacia la *pietas* y la *religio*¹⁴, el seminario les facilitaría el fecundo esfuerzo de conocer el misterio de Dios y reconocerse en él. En comunión con toda la comunidad de los

10. M. Guasco, *La formazione del clero*, 9; Concilium Vaticanum II, decretum de institutione sacerdotali *Optatam totius*, 28 de octubre de 1965; decretum de presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum ordinis*, 7 de diciembre de 1965.

11. A. Fumagalli, «Perché la Chiesa?», en G. Cislighi (ed.), *Perché la Chiesa? Un'introduzione all'ecceologia*, Milán 2009, 5-11, p. 9.

12. X. 5,1,17; *Corpus Iuris Canonici*, II. *Decretalium collectiones* ed. E. Friedberg, Leipzig 1831, 1-927, p. 739.

13. «[...] *sancta simul et semper purificanda*» (Concilium Vaticanum II, constitutio dogmatica de Ecclesia *Lumen gentium*, 21 de noviembre de 1964, núm. 8; *COD*, 855).

14. *Concilium Tridentinum*, sessio XXIII, decreta super reformatione, canon XVIII, *Cum adolescentium aetas*, 15 de julio de 1563; Societas Goerresiana (ed.), *Concilium Tridentinum. Diariorum, actorum, epistularum, tractatum nova collectio [CT]*, IX. *Concilii Tridentini actorum pars sexta complectens acta post sessionem sextam (XXII) usque ad finem Concilii*, ed. S. Ehses, Friburgi Brisgoviae 1924, núm. 224, 628-630; *COD*, 750-753. En general, sobre la legislación tridentina relativa al establecimiento de seminarios J. A. O'Donohoe, *Tridentine Seminary Legislation. Its Sources and its Formation*, Lovaina 1957; sobre la edición de las actas del concilio tridentino, K. Ganzer, «La conclusione dell'edizione degli atti del concilio di Trento», *Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento* 23 (2003) 389-403.

creyentes, es posible interrogarse sobre cómo curar las heridas infligidas al cuerpo eclesial, sobre cómo restituir y conservar la forma del evangelio a la Iglesia *semper purificanda*.

2. PREPARAR EL TERRENO

El Concilio se inauguró laboriosamente a finales de 1545, cuando una treintena de clérigos lograron reunirse en la ciudad imperial confiados al gobierno de un obispo, pasando luego por diversas fases, determinadas a menudo por los acontecimientos políticos europeos, en particular las tensiones internas del mundo alemán y las que se produjeron entre la autoridad imperial y la corona francesa, estas últimas también con la participación de ingleses y turcos.

Esta primera fase duraría poco: tras el intento de trasladar la sede del Concilio a Bolonia en marzo de 1547, los trabajos se suspendieron prudentemente en septiembre para evitar el riesgo de un cisma con los que permanecían en Trento en declarada lealtad al emperador. A pesar de ello, se sembraron algunas semillas importantes para empezar a dar forma a un vivero de vocaciones para la Iglesia.

a) *A Trento, pasando por Roma y Londres*

Nombrados en febrero de 1545, los cardenales Giovanni Maria Ciocchi del Monte, Marcello Cervini y Reginald Pole llegaron a Trento como legados del papa, fueron recibidos por el cardenal Cristoforo Madruzzo en su doble función de príncipe y obispo. La urgencia de reformar la vida del clero interviniendo sobre la calidad del discernimiento y de la formación acompañó los primeros pasos del Concilio. Preocupados por informar a Alessandro Farnese —el joven sobrino de Pablo III— «sobre las cosas de la reforma», el 10 de abril de 1546, los legados dan fe del desaliento de los obispos ante la escasa preparación del clero: muchos se quejan «de que se ordenan clérigos y sacerdotes indignos y repudiados por ellos». No se da «en modo alguno la cura de almas», si se eligen «personas ausentes y curiales», en su mayor parte «ignorantes e inhábiles», no pocas veces titulares de varios beneficios; son «personas desconocidas y no examinadas». Se lamenta «no poder hacer como antiguamente se hacía el seminario de buenos sacerdotes, criándolos desde jóvenes con la esperanza de que se beneficien de una buena educación»¹⁵.

15. Carta de los Cardenales legados al Cardenal Alessandro Farnese, Trento, 10 de abril de 1546; CT, X. *Concilii Tridentini epistularum pars prima complectens epistulas a die 5 Martii 1545 ad Concilii translationem 11 Martii 1547 scriptas*, ed. G. Buschbell, Friburgi

La referencia a la práctica antigua se refiere a las escuelas episcopales, cuyo resurgimiento habría representado un *seminarium* de vocaciones, expresión que también se repite en la *Formula reformationis* redactada por el emperador Carlos V y adjunta a sus declaraciones —el llamado *Interim*— a la dieta celebrada en junio de 1548 en Augsburgo¹⁶.

El jesuita Claude Le Jay, uno de los más convencidos defensores de la bondad de establecer una red de colegios y seminarios donde los futuros sacerdotes puedan formarse adecuadamente, reclama una reforma del clero en las tierras alemanas. Natural de la Alta Saboya, era uno de los *socii* con los que Ignacio de Loyola dio vida en 1540 a aquella *minima Societas* puesta al servicio de Cristo Jesús. Fue preconizado obispo de Trieste pero luego optó por no asumir ese ministerio, y participó en el Concilio como procurador del obispo de Augsburgo, admitido por los legados con derecho a voto consultivo¹⁷. Su propuesta no pasó desapercibida y motivó algunos experimentos realizados conjuntamente con otros miembros de la Compañía de Jesús, incluido el propio Ignacio de Loyola. Interlocutores privilegiados de este diálogo fueron Giovanni Morone y Reginald Pole, los cuales dieron vida a dos experiencias significativas en Roma y Londres, ambas destinadas a servir de «precedente y modelo para el famoso decreto tridentino de erección de seminarios para la adecuada formación del clero»¹⁸.

Al término de un difícil cónclave —que duró un par de meses y no estuvo exento de presiones externas—, fue elegido en 1550 el sucesor de Pablo III de entre los legados enviados para presidir la primera fase del Concilio. El nuevo papa tomó el nombre de Julio III. Era Giovanni Maria Ciocchi —romano de nacimiento, toscano de familia, experto canonista—, que fue preferido a Pole, aunque el inglés contó inicialmente con el apoyo de los cardenales más próximos al emperador Carlos V. A pesar de la reanudación de las hostilidades entre el Imperio y Francia, se anunció una nueva sesión del Concilio en noviembre.

Los prolongados enfrentamientos *ad intra* y *ad extra* en el mundo alemán pronto obligarían a una nueva suspensión del Concilio, aunque sin acallar la urgencia de revisar los estudios teológicos en su conjunto. En enero de 1552,

Brisgoviae 1916, num. 364, 447-449. A. G. Roncalli, *Gli inizi del Seminario di Bergamo e S. Carlo Borromeo. Note storiche con una introduzione su il Concilio di Trento e la fondazione dei primi Seminari*, Bergamo 1939, 7.

16. A. G. Roncalli, *Gli inizi del Seminario di Bergamo*, 8.

17. J. García de Castro Valdés, «Claudio Jayo (Vulliet ca. 1504 - Viena 1552): compañero, teólogo, apóstol», *Estudios Eclesiásticos* 80 (2005) 485-542; H. Jedin, *Storia del Concilio di Trento*, II, Brescia³2009, 29-30.

18. R. García Villoslada, *Storia del Collegio Romano dal suo inizio (1551) alla soppressione della Compagnia di Gesù*, Roma 1954, 81; *ibidem*, 80-81.

el papa nombró una comisión de cardenales, de la que también formaban parte Morone y Pole. Estaba limitada al Estado Pontificio, y tenía por objeto verificar la calidad y ortodoxia de los programas, el método de enseñanza, las cualidades exigidas a los profesores, sin olvidar la garantía de una financiación suficiente. Así se formó el núcleo de la futura *Congregatio pro Universitate Studii Romani*, incluida en el organigrama de la Curia romana reformada por Sixto V¹⁹.

Recogiendo una intuición de Giovanni Morone –promotor de la primera presencia jesuita en Alemania unos diez años antes²⁰–, Ignacio se ofreció para redactar las reglas de una nueva fundación romana, el *Collegium Germanicum*. Obtenida la aprobación de Julio III, el 31 de agosto de 1552 la bula *Dum sollicita considerationis* vino a formalizar esta iniciativa confiada a una joven Compañía de Jesús que en esos mismos meses estaba muy próxima a la inauguración de los cursos de filosofía y teología del *Collegium Romanum*, estableciendo su actividad según el modelo universitario experimentado en París.

Confiados a la protección de no menos de seis cardenales, a finales de octubre de 1552 llegaron los primeros estudiantes del *Germanicum* procedentes de tierras alemanas y holandesas: tenían entre quince y veintiún años. El papa intervino para dictar el plan de estudios: dentro del horizonte literario y científico de las artes liberales, exigió que se diera espacio al latín, al griego y al hebreo, que se hiciera hincapié en la lógica y la física y, por último, que se enseñara teología. Combinado con una irreprochable conducta de vida en el plano religioso y moral, el rigor impuesto a este curso de estudios venía dictado por la conciencia de que era insuficiente una formación que se había limitado a menudo a una instrucción jurídica útil para quienes, debido a sus altos orígenes, se encontraban al frente de diócesis sin haber accedido a la ordenación sacerdotal. Con esta misma sensibilidad, el jesuita húngaro István Szántó promovió en 1578 el nacimiento de un *Collegium Hungaricum*, que el papa Gregorio XIII asoció al *Germanicum*, preocupado de que ambos contaran con la dotación económica necesaria para promover el envío de sacerdotes bien formados a tierras marcadas por el éxito de la predicación protestante. Se inauguraba así un tiempo en que la ciudad de Roma acogería

19. Las disposiciones pontificias relativas a esta comisión se confían a los breves *Dum attentae sollicitudinis* y *Pastoralis officii*, fechados respectivamente el 23 de enero y el 27 de marzo de 1552. N. del Re, *La Curia romana. Lineamenti storico-giuridici*, Ciudad del Vaticano 41998, 184-185.

20. M. Firpo - G. Maifreda, *L'eretico che salvò la Chiesa. Il cardinale Giovanni Morone e le origini della Controriforma*, Turín 2019, 80-84.

una serie de colegios nacionales –europeos y no europeos– cuyos estudiantes se distribuían entre el *Studium Urbis* y el *Collegium Romanum* y que, a su regreso a casa, fomentaban un sentimiento cultural y religioso homogéneo, acorde con la configuración del catolicismo postridentino, incluso en zonas dominadas por el protestantismo²¹.

Observando la experiencia del *Germanicum*, muchos se proponen reproducirla en diversas partes de Europa. Reginald Pole también lo hace consultando directamente con Ignacio. Tras considerar la posibilidad de convertir el antiguo *Hospitalis Anglorum* de Roma en un colegio para educar a los candidatos de las familias nobles de su patria²², Pole regresa a Inglaterra como legado de Julio III. En Londres convocó un sínodo para sentar las bases de una *Reformatio Angliae*, cuyos frutos se promulgaron el 10 de febrero de 1556, incluida la propuesta de superar la escasez de clero mediante la fundación de un colegio en cada catedral «*tamquam seminarium ministrorum*», como para constituir un vivero siempre fructífero de nuevos ministros. Escogidos entre muchachos de al menos once años de edad, dando preferencia a los más pobres, los alumnos estarían bajo la autoridad del obispo. Su manutención correría a cargo de una parte de los ingresos procedentes de los beneficios eclesiásticos. Tras los cursos de gramática y retórica, la enseñanza teológica se nutriría del estudio de las Escrituras y de la profundización en el sistema filosófico aristotélico, a través del cual se reafirmaría la validez de la tradición escolástica²³. Este proyecto de reforma se inició en un contexto muy difícil, el del reinado de la católica María, que había llamado a Pole para ocupar el lugar de Thomas Cranmer, depuesto tras haber sido declarado culpable de herejía, y finalmente condenado a la hoguera en marzo de ese año. Empeñados en acercar Inglaterra a la Iglesia católica, el propósito de la reina y del cardenal tuvo un recorrido muy breve, pues ambos murieron el 17

21. P. Schmidt, *Das Collegium Germanicum in Roma und die Germaniker. Zur Funktion eines römischen Ausländer-Seminars (1552-1914)*, Tübinga 1984; P. Tusor, «Il Collegio Germanico-Ungarico in Roma ed il suo *Liber Ordinatum*», en A. Boccolini et al. (eds.), *I Collegi per stranieri a/e Roma nell'età moderna*, I. Cinque-Settecento, Viterbo 2023, 31-56.

22. Heredero del anterior *Hospitalis* dedicado a la Santísima Trinidad y al mártir Tomás Becket, la fundación del *Venerable English College* para clérigos destinados a la misión clandestina en Inglaterra y Gales sólo se hizo realidad tras la muerte de Pole con la llegada en 1577 de los primeros estudiantes, que previamente se habían refugiado en Douai, y la institución canónica por Gregorio XIII el 1 de mayo de 1579. M. Whitehead, «The English College, Rome, and the English Colleges of Valladolid and Saint-Omer», en A. Boccolini et al. (eds.), *I Collegi per stranieri a/e Roma nell'età moderna*, I, 127-143.

23. J. A. O'Donohoe, *Tridentine Seminary Legislation*, 135-139; M. Scaduto, «Seminari e Collegi», *Civiltà Cattolica* 115 (1964) II 343-352; III 18-28: 23; M. Guasco, *La formazione del clero*, 30.

de noviembre de 1558. Cinco meses después, Isabel siguió los pasos de su padre Enrique VIII, reafirmando la supremacía del Estado sobre la Iglesia y nombrando a Matthew Parker nuevo arzobispo de Canterbury.

Impulsada por dos figuras clave en los trabajos del Concilio –Morone en Roma y Pole en Londres– y por la participación activa de la Compañía de Jesús, la puesta en marcha de estas experiencias educativas constituye un punto de inflexión para la posterior formalización del seminario como institución que permitiría garantizar una reflexión teológica sobre el ministerio sacerdotal entendido a la luz del sacerdocio de Cristo y confirmado por el valor sacramental de la ordenación²⁴.

b) *En tiempos de Pío IV y Carlos Borromeo*

El equilibrio alcanzado por las potencias europeas en abril de 1559 –Inglaterra, Francia y España firmaron los Tratados de Cateau-Cambrésis– creó las condiciones para volver a Trento. Elegido tras un cónclave de más de cuatro meses, que se caracterizó por el acalorado enfrentamiento entre franceses, españoles y partidarios de Carafa, en 1560 Pío IV anuncia la reanudación de los trabajos del Concilio. Partiendo de la tierra donde Europa vuelve su mirada hacia el vasto océano, el portugués Bartolomeu dos Mártires –dominico nombrado arzobispo de Braga en 1559– respondió inmediatamente al llamamiento del papa deseoso de poner de nuevo en marcha la gran máquina conciliar. Pío IV reunió el grupo de los cinco legados entre febrero y marzo de 1561, y el Primado lusitano llegó a Trento apenas pasada la mitad de mayo, siendo recibido como un inesperado mensajero de esperanza frente a cierta vacilación por parte de los representantes de las demás naciones católicas²⁵.

Tras crear cardenal a su sobrino, Carlos Borromeo, en el primer consistorio presidido por él, el nuevo papa le confió la administración de la archidiócesis ambrosiana, sustraída ya a la gestión de Hipólito de Este. Trabajando en la Curia como fiel ejecutor del testamento de su tío materno, el joven cardenal sólo pudo reunirse con Bartolomeu en Roma en 1563, cuando ya había adquirido la experiencia y la madurez suficientes para comprender los desafíos del Concilio y elaborar «sus propias propuestas al lado y al margen de las del

24. J. Esquerda Bifet, «La institución de los seminarios y la formación del clero (Trento)», *Seminarios* 47 (2001) 345-365, pp. 345-346; S. Dianich, «La teología del presbiterato al Concilio di Trento», *La Scuola Cattolica* 99 (1971) 331-358.

25. H. Jedin, *Storia del Concilio di Trento*, IV/1, Brescia ³2010, 95-124. El grupo de Legados estaba formado por el mantuano Ercole Gonzaga y Giacomo Puteo –Dal Pozzo–, a los que se unieron Gerolamo Seripando, el polaco Stanisław Hozjusz –*Hosius*– y el milanés Ludovico Simonetta.

papa»²⁶, preparándose para una obra concreta de reforma tanto de su vida personal como de la Iglesia. Al frecuentar las reuniones de las *Noctes Vaticanae*, Carlos Borromeo había dado un nuevo impulso a su propia formación humana, intelectual y espiritual, la misma que exigiría a sus colaboradores más cercanos y a los jóvenes candidatos a las sagradas órdenes, para quienes pronto se abrirían las puertas del seminario.

En marzo de 1563 murieron Hércules Gonzaga y Jerónimo Seripando, figuras clave del grupo de los cinco legados. Sus muertes marcaron un preocupante estancamiento de los trabajos de Trento, debido en parte a la oposición francesa orquestada por Charles de Guise, cardenal de Lorena. Estas dificultades fueron superadas por Giovanni Morone, enviado como nuevo legado para presidir el Concilio. Tras llegar a un acuerdo con los franceses, fue el cardenal de Lorena quien propuso la creación de una comisión de trabajo sobre el sacerdocio ordenado, que abordaría también la formación de nuevos presbíteros.

Aunque no ofreció respuestas precisas a las objeciones protestantes, la última sesión del Concilio trató de definir el rostro de la catolicidad. Paralelamente a la reflexión sobre el ministerio ordenado, las reformas tenían una orientación pastoral, entrelazándose con la vida sacramental de los creyentes: selección y formación de los candidatos, obligación de residencia y responsabilidad de obispos y párrocos, convocatoria de sínodos provinciales y diocesanos, visitas pastorales, así como las orientaciones para una correcta comprensión del matrimonio.

c) *El decreto tridentino*

Bajo la dirección de Morone, el debate sobre el ministerio ordenado se mezcló con el deseo de asegurar a las diócesis un número suficiente de sacerdotes, garantizando su calidad moral, su preparación teológica y su disponibilidad pastoral. A partir de mayo de 1563, el esquema preparatorio pasa por tres lecturas, signo de una discusión seria y participativa. El miércoles 14 de julio, el texto del canon *Cum adolescentium aetas* se incluye entre los decretos *Super reformatione*, que debían ser aprobados al día siguiente. En él, los Padres conciliares establecen la obligación de «mantener, educar religiosamente e instruir en las disciplinas eclesiásticas a un cierto número de niños [...] en un colegio

26. M. Fois, «Carlo Borromeo Cardinale Nepote di Pio IV», *Studia Borromaica* 3 (1989) 7-44, pp. 9-10. Sobre el arzobispo de Braga, véase R. de Almeida Rolo, «S. Carlo Borromeo, discepolo e protettore del bracarense Bartolomeu dos Mártires», in *San Carlo e il suo tempo. Atti del Convegno Internazionale nel IV centenario della morte (Milano, 21-26 maggio 1984)*, Roma 1986, II, 1135-1164.

elegido por el obispo para este fin»²⁷. Con al menos doce años de edad y suficientemente alfabetizados, estos niños deben tener padres legítimamente casados. Dado que deben garantizar su sustento durante un periodo de formación de varios años, se da especial preferencia a los que son «hijos de los pobres», pidiendo a los más ricos que se encarguen de su manutención.

El doble criterio de discernimiento para la admisión al seminario incluía una predisposición y una voluntad –*indoles et voluntas*– que «den esperanza de su fidelidad perpetua a los ministerios eclesiásticos»²⁸. Para orientar la vida de los futuros sacerdotes hacia la *pietas* y la *religio*, se exige la participación diaria en la celebración de la eucaristía, la confesión al menos una vez al mes, la comunión frecuente confiada al juicio del confesor y el servicio litúrgico en la catedral y en otras iglesias que se consideren adecuadas. Se elabora, además, un programa preciso para el estudio. Estudiarán la gramática, el canto, el cómputo de las fiestas movibles en el calendario eclesiástico y otras materias útiles; atenderán al estudio de la Sagrada Escritura, de los libros eclesiásticos, de las homilias de los santos, de todo lo concerniente a la administración de los sacramentos, especialmente de la escucha de las confesiones, así como de los ritos litúrgicos y del ceremonial²⁹.

El énfasis en las Escrituras no era algo evidente, sino más bien un eco de lo establecido diecisiete años antes con el decreto *Super lectione et praedicatione*, dirigido entonces a las escuelas abiertas en catedrales, monasterios y conventos para que «no se descuide el tesoro celestial de los libros sagrados, que el Espíritu Santo ha concedido a los hombres con suprema liberalidad»³⁰. De hecho, las artes liberales parecían gozar de mayor favor que los estudios exegéticos y teológicos, tanto en las universidades como en otros centros encargados de la formación del clero. Era necesario volver a apoyar la enseñanza e interpretación de los textos sagrados, su *expositio e interpretatio*.

Este llamamiento expresaba la urgencia de un Concilio, que entre diciembre de 1545 y septiembre de 1547 estaba dando sus primeros pasos, y que en febrero de 1546 había recibido la noticia de la muerte de Lutero. Casi había llegado a refutar la sospecha del Reformador alemán de que «la Escolástica

27. Concilium Tridentinum, *Cum adolescentium aetas*; ed. S. Ehses, 628; COD, 750.

28. *Ibid.*

29. *Ibid.*, 751.

30. Concilium Tridentinum, sessio v, decretum secundum super lectione et praedicatione, *Eadem sacrosancta Synodus*, 17 de junio de 1546; CT, V. *Concilii Tridentini actorum pars altera. Acta post sessionem tertiam usque ad Concilium Bononiam translatum*, ed. S. Ehses, Friburgi Brisgoviae 1911, núm. 93, 241-243: 241; COD, 667-670: 667. M. Scaduto, *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, IV. *L'epoca di Giacomo Lainez. 1556-1565. L'azione*, Roma 1974, 225.

manifiesta una acentuada tendencia a emancipar la reflexión teológica del concreto y puntual acontecer de la palabra, particularmente en la Escritura y en la predicación»³¹. Conscientes de que el discurso teológico no era una ciencia fundacional, sino una hermenéutica continua de la Revelación, los teólogos de Trento se apoyaron en el patrimonio acumulado en los siglos precedentes para promover una «teología positiva» que se había afirmado «tras la edición griega del Nuevo Testamento por Erasmo, la Políglota Complutense» y otros³². La teología no podía, por tanto, renunciar a tomar la Biblia como lengua materna, lengua que debía enseñarse a aquellos a quienes se encomendaría la tarea no sólo de celebrar los sacramentos, sino también de compartir con el obispo la predicación del Evangelio³³. El decreto de 1563 reconoce precisamente al obispo la responsabilidad de juzgar cuándo introducir a unos en el ministerio y cuando dejar que otros continúen sus estudios, asegurando al mismo tiempo la entrada de nuevos alumnos «para que este colegio sea un seminario perpetuo de ministros de Dios (*ita ut hoc collegium Dei ministrorum perpetuum seminarium sit*)»³⁴.

Por último, el decreto dedica un amplio espacio a la búsqueda de los recursos necesarios para mantener el colegio, tanto los edificios como las personas que viven en ellos: alumnos, formadores, profesores y quienes participan en todos los servicios prácticos y administrativos. Perfeccionando el modelo londinense de 1556, los obispos tienen que enfrentarse a los cabildos catedralicios y al resto del clero de la ciudad. Las instituciones llamadas a subvencionar el seminario con parte de sus rentas se enumeran con precisión, reclamando también el apoyo de las órdenes religiosas, con excepción de las mendicantes, sin olvidar a los laicos implicados en gremios y cofradías.

El número tan elevado de organismos y personas, la supresión explícita de privilegios y exenciones anteriores, la posibilidad de recurrir a los instrumentos coercitivos que ofrecía el derecho canónico... Todo hace pensar que el Concilio ya intuía la futura resistencia a la creación de esta red de colegios. De hecho, antes incluso que la educación de los jóvenes alumnos con vistas a

31. F. Ferrario, «Togli Cristo dalle Scritture, che cosa vi troverai? Parola e Scrittura in Lutero», en V. Di Pilato - M. Vergottini (eds.), *Teologia dalla Scrittura. Attestazione e interpretazioni*, Milán 2011, 141-160, p. 142.

32. H. Jedin, *Riforma cattolica o Controriforma? Tentativo di chiarimento dei concetti con riflessioni sul Concilio di Trento*, 41987, 78. A. Tenenti, *L'età moderna. XVI-XVIII secolo*, Bologna 21997, 141.

33. «[...] la predicación del Evangelio no es menos necesaria para el pueblo cristiano que la lectura de la Escritura, y esta es la tarea principal de los obispos» (Concilium Tridentinum, *Eadem sacrosancta Synodus*, núm. 9; COD, 669).

34. Concilium Tridentinum, *Cum adolescentium aetas*; ed. S. Ehses, 628; COD, 751.

su inserción en las filas del clero, la dotación económica era uno de los retos más importantes a los que se enfrentaría la nueva institución, un reto al que era necesario dedicarse con gran pasión –*studiose*– no sólo para la realización de «esta santa y piadosa obra (*hoc sanctum et pium opus*)», sino también para la reforma más general de una Iglesia lastrada por la gestión del complejo sistema de beneficios con y sin cura de almas y por el cúmulo de compromisos ambiguos y abusos que esta complejidad favorecía inevitablemente. Ya Juan de Ávila había proclamado benditos «aquellos tiempos, cuando no había en la Iglesia cosa temporal que buscar, mas adversidades y angustias que sufrir»³⁵, comparando los beneficios con carne podrida que los cuervos pueden oler incluso desde lejos. No obstante, tras la cuestión económica se encontraba la desconfianza del clero ante las disposiciones de un Concilio que exigía una revisión radical de la vida de cada uno de los ministros. Aunque era el objetivo de gran parte de la reforma prevista en Trento, al clero le costaba convertirse en sujeto activo de la misma. Lo primero no fue la conversión, sino la percepción del desfase entre su propia situación personal y el nuevo ideal propuesto.

3. LA PRIMERA SIEMBRA

En todas partes los comienzos fueron modestos, incluso en el caso de Milán, que hasta septiembre de 1565 no encontró una sede respetable en el antiguo monasterio de los Humiliati en Porta Orientale³⁶. Las comunidades vivían en rectorías en desuso o alquilaban casas cerca de la catedral o de una iglesia de referencia. El número de alumnos solía ser reducido –unas decenas– y ciertamente insuficiente en comparación con las necesidades de las diócesis y el número real de futuros ordenandos.

Considerando el caso lombardo, los seminaristas procedían en su mayoría de los centros urbanos, no del campo y menos aún de las regiones montañosas de las diócesis³⁷. Para equilibrar esta desproporción inicial, algunos obispos –comenzando por Carlos Borromeo en las zonas más periféricas de la vasta diócesis ambrosiana– tomaron medidas para promover una red de

35. Juan de Ávila, «Reformación del estado eclesiástico», en *San Juan de Ávila. Obras completas*, L. Sala Balust - F. M. Hernández (eds.), III, Madrid 2001, 485-514, p. 489.

36. A la muerte de Pierfrancesco Balbiani di Belgioioso, comendador del convento que había pertenecido a los Humiliati, el 5 de mayo de 1565 Pío IV ordenó su traslado al seminario, que se instaló allí el 29 de septiembre. F. Passoni, «Seminario arcivescovile», en M. L. Gatti Perer - A. Spiriti (eds.), «Atlante del barocco lombardo», *Arte Lombarda* 123 (1998) 52-55, p. 52; C. Baroni, «Il Seminario Maggiore sul corso di Porta Orientale», *Humilitas* 25 (1938) 929-954.

37. X. Toscani, «I Seminari e il clero secolare in Lombardia nei secoli XVI-XIX», en A. Caprioli et al. (eds.), *Chiesa e società. Appunti per una storia delle diocesi lombarde*, Brescia 1986, 215-262, p. 219.

seminarios menores, a fin de que este camino hacia la vida consagrada fuera accesible a todos. La dotación de los ingresos necesarios para el funcionamiento de la nueva institución no siempre era inmediata. Las resistencias se multiplicaban ante el deseo de conservar ciertos beneficios o la posibilidad de un impuesto general en favor de los seminarios.

Aunque estaba convencido de la bondad del modelo propuesto, el Concilio consideró prudente no imponerlo como vía exclusiva de ingreso en las filas del clero secular y, de hecho, no desaparece la práctica del clericaliato externo, en el que el candidato vive con su familia durante los años de formación, acudiendo al seminario o a la universidad sólo para las clases y presentándose después al obispo para ser examinado y reconocido apto para la ordenación³⁸. A pesar de los solícitos esfuerzos de muchos obispos, los seminarios ven ordenarse a sus alumnos junto a candidatos formados entre el clero que trabaja en las parroquias, a veces bajo la dirección de quienes ejercen la responsabilidad de vicario foráneo, otras veces apoyándose en colegios dirigidos por religiosos, escuelas abiertas en un convento o monasterio³⁹. El seminario no era «ni el único ni el principal instrumento para la formación del clero»⁴⁰. Sólo con la Restauración, tras la Revolución Francesa y el periodo napoleónico, se convertiría en la forma exclusiva para el clero secular a través de cursos de estudios filosóficos y teológicos precedidos de la asistencia al gimnasio y al liceo, cursos que se acompañaban de la experiencia de la vida común, del acompañamiento espiritual y de instrucciones y aprendizajes pastorales específicos.

a) *Las primeras fundaciones*

Mientras Roma y Milán—Pío IV y su sobrino Carlos—tomaban medidas para la aplicación del decreto tridentino, el primer seminario se fundó en la diócesis de Larino. El obispo Belisario Baldovini—Balduino da Montesardo—inauguró la nueva institución en Molise el 26 de enero de 1564. El mismo día que proclamó la bula *Benedictus Deus et Pater*, que venía a confirmar las decisiones del Concilio, de manera que «temporalmente, los pequeños llegaron primero, adelantándose a los mayores que habían iniciado el movimiento»⁴¹.

38. M. Guasco, *La formazione del clero*, 32-33.

39. X. Toscani, «I Seminari e il clero secolare in Lombardia nei secoli XVI-XIX», 225-226; M. Guasco, «La formazione del clero: i seminari», 631; A. Bernareggi, «La formazione dei Chierici fuori del Seminario di Milano al tempo di San Carlo e dopo», *Humilitas* (1930/16-17) 573-578.

40. X. Toscani, «I Seminari e il clero secolare in Lombardia nei secoli XVI-XIX», 225.

41. A. G. Roncalli, *Gli inizi del Seminario di Bergamo*, 16; *ibidem*, 15-17. La fecha de fundación la transmite Giovanni Andrea Tria—obispo de Larino entre diciembre de 1726 y diciembre de 1741—, autor de *Memorie storiche civili ed ecclesiastiche della città e diocesi*

Seguida pronto por iniciativas similares en Rieti, Camerino y Montepulciano en Italia, y la reorganización del colegio de Eichstätt en Alemania, la fundación de Larino dio vida a una modesta realidad, una docena de alumnos alojados en unas pocas habitaciones no lejos de la catedral y confiados a un *magister* encargado de educarlos *litteris et bonis moribus*. Graves dificultades económicas –algunos nobles de la región usurparon los bienes de la diócesis– obligaron al seminario a suspender sus actividades tres años después, para reanudarlas más tarde, como indican los nombramientos registrados en el sínodo diocesano celebrado en 1571. No faltarían nuevos períodos de clausura debido también a una resistencia más generalizada a la reforma de todo el cuerpo eclesial, lo cual llevó a la persecución injusta del clero, a la petición de intervención del nuncio, a la implicación de obispos vecinos en múltiples acusaciones falsas, y a la invitación de los sacerdotes a la desobediencia⁴². Esta precariedad de los comienzos es común a los primeros pasos de todo seminario. Como señala Maurilio Guasco, «muchos obispos [...], de regreso a sus diócesis, fundaron el seminario, pero no le dieron la oportunidad de seguir viviendo»⁴³.

En la región eclesiástica de Lombardía, entre septiembre y diciembre de 1564, las primeras iglesias en dotarse de un seminario fueron Pavía y Milán. En la ciudad universitaria donde Carlos Borromeo había fundado un colegio, el obispo Ippolito de Rossi reunió a una veintena de seminaristas en la catedral, confiándolos a uno de los padres Somascos que habían llegado a la ciudad una década antes. Reconocido como *magister*, era responsable de la formación tanto espiritual como académica⁴⁴.

Posteriormente, destaca por su valor ejemplar la apertura de un seminario en Roma en febrero de 1565, fruto del trabajo de una comisión de cardenales dirigida por Carlos Borromeo. A instancias de Pío IV, la Cámara Apostólica aceptó alquilar un ala del palacio Carpi Pallavicini en Campo Marzio. Allí, confiados al cuidado de algunos jesuitas, se reunieron los siete primeros estu-

di Larino, Roma 1744. U. Pietrantonio, *Il Seminario di Larino, primo postridentino. Cenni di storia dalle origini ai giorni nostri (1564-1964)*, Ciudad del Vaticano 1965; G. Mammarella, *Il Seminario di Larino, primo della Cristianità*, Roma 2013.

42. U. Pietrantonio, *El seminario de Larino*, 44-54; 74-79.

43. M. Guasco, «La formazione del clero: i seminari», 631.

44. X. Toscani, «La Chiesa di Pavia in età moderna», en A. Caprioli *et al.* (eds.), *Diocesi di Pavia*, Brescia 1995, 267-348, pp. 287-288 y 311-312; L. Valle, *Il Seminario Vescovile di Pavia dalla sua fondazione all'anno 1902*, Pavia 1907, 16-17. Sobre Milán, *infra*, 26-29. Gracias a los esfuerzos del obispo Niccolò Sfrondati –el futuro Gregorio XIV– en 1565 también Cremona tuvo su seminario, mientras que la Iglesia de Bérgamo tuvo que esperar hasta octubre de 1567, seguida por Brescia al año siguiente. En Lodi, el obispo Antonio Scarampo fundó el seminario en 1575. Erigida diócesis sólo en abril de 1579 y confiada al obispo Girolamo Dioto, en tres años la Iglesia de Crema tuvo su propio seminario.

diantes, que pronto superaron los setenta para frecuentar los cursos ofrecidos por el *Collegium Romanum*. La elección en favor de la Compañía de Jesús suscitó no pocas resistencias en el clero de Roma, ya enemistado por la decisión del cardenal Giacomo Savelli de confiar «a los hijos de san Ignacio la espinosa cuestión de examinar a los ordenandos y a los que optan a los beneficios»⁴⁵. Como señala Adriano Prosperi, el reto no es tanto la ignorancia del clero como su falta de disciplina respecto a las disposiciones dadas para una aplicación uniforme y eficaz del dictado conciliar. Esta situación se dio también en las diócesis en las que los obispos volvieron a sus sedes confiando al clero regular «tareas de alto control sobre el clero: visitas pastorales, actividades de revitalización religiosa, pero sobre todo enseñanza»⁴⁶, no tanto para suplir un *déficit* cultural, sino para promover una cultura diferente.

b) *El seminario de Milán y la ejemplaridad de los Oblatos de San Ambrosio*

Al celebrar el cuarto centenario de la muerte de su ilustre predecesor, la mirada de Carlo Maria Martini reconoció en Carlos Borromeo al «obispo ideal indicado por los cánones del Concilio de Trento» debido a «sus aportaciones e influencias no restringidas a la provincia eclesiástica de Milán, sino solicitadas o aceptadas en muchas diócesis italianas, y en Francia, España, Polonia, Lituania, Suiza y Alemania»⁴⁷.

El relato de las visitas pastorales ofrece una imagen detallada de la Iglesia milanesa a comienzos del episcopado carolingio. Milán había conocido una reforma promovida por el veronés Niccolò Ormaneto cuando Carlos aún estaba junto a Pío IV, y era una de las diócesis mejor servidas de la región lombarda, pues contaba con 2.100 sacerdotes seculares para atender a una población de 560.000 habitantes⁴⁸. Educado en la escuela de Gian Matteo Giberti y apartado del servicio del cardenal Bernardo Navagero, Ormaneto había tenido la oportunidad de colaborar con Pole y de acompañarle a In-

45. R. García Villoslada, *Historia del Colegio Romano*, 81; *ibidem*, 80-83.

46. A. Prosperi, *Tribunali della coscienza. Inquisitori, confessori, missionari*, Torino 1996, 303.

47. C. M. Martini, «Presentazione», en *San Carlo e il suo tempo*, I, v-vi. Véase también G. Alberigo, «San Carlo e il suo modello di vescovo», *ibidem*, I, 181-208; G. Panzeri, «Carlo Borromeo e la figura ideale del vescovo della Chiesa tridentina», *La Scuola Cattolica* 124 (1996) 685-731.

48. X. Toscani, «I Seminari e il clero secolare in Lombardia nei secoli XVI-XIX», 215-216 a partir de la edición de 1599 de las *Acta Ecclesiae Mediolanensis*; C. Marcora, «Niccolò Ormaneto, vicario di S. Carlo (giugno 1564 - giugno 1566)», *Memorie storiche della diocesi di Milano* 8 (1961) 209-590; A. Majo, s.v. «Ormaneto, Niccolò (1515 c.-1577)», en Id. (ed.), *Dizionario della Chiesa ambrosiana*, IV, Milán 1990, 2588-2590; Id., *Storia della Chiesa ambrosiana. Dalle origini ai nostri giorni*, Milán ⁴1995, 330-332.

glaterra en 1553 junto con Thomas Goldwell⁴⁹. Este teatino inglés también fue cooptado por Carlos y enviado a Milán como pro vicario general, junto con un segundo veronés, Alberto Lino. Con la entrada de Borromeo en Milán –septiembre de 1565– y la consiguiente confirmación de la necesidad de residir allí permanentemente, estas figuras dejaron la dirección de la vasta archidiócesis en manos del nuevo arzobispo. Fortalecido por su condición de «sobrino del papa», se dispuso de inmediato a sacudir a muchas «buenas gentes» de su «indiferentismo religioso [...] cubierto por el blasón de Su Majestad Católica»⁵⁰. Al mes de su llegada a la ciudad que estaba sometida al dominio español, el arzobispo, con sólo 27 años, convocó el primer concilio de la provincia eclesiástica de la que era metropolitano. El año anterior –finales de agosto de 1564– se había celebrado un sínodo diocesano en el que su vicario había dado a conocer las decisiones del concilio tridentino, procediendo a continuación a la fundación del seminario⁵¹.

Tras alquilar unos locales cerca de la iglesia de San Vito a Porta Ticinese –no lejos del Carobbio–, la nueva institución se inauguró el 10 de diciembre de 1564, cuando Carlos Borromeo aún se encontraba en Roma. Además de encontrar un lugar adecuado y los fondos necesarios para mantener a los alumnos, la principal preocupación del joven arzobispo fue la elección de los educadores. Mientras que Ormaneto se encargó de promulgar el decreto de erección, la formación de los nuevos sacerdotes ambrosianos se confió a los jesuitas que habían llegado a Milán el año anterior por petición expresa del papa y de su sobrino⁵². Dirigidos por Benedetto Palmio, su tarea fue plantar un seminario, es decir, reunir a un número de clérigos para instruirlos en la santa doctrina apostólica y divina, a fin de que estos clérigos llegaran a ser buenos y santos sacerdotes⁵³.

49. Habiendo sido investido con la diócesis galesa de Saint Asaph, Goldwell estaba destinado a la sede de Oxford; incapaz de tomar posesión de ella debido a la subida al trono de Isabel, encontró refugio, como muchos católicos ingleses, en Roma. C. Linari, «Contributo dell'Ordine teatino al concilio di Trento», *Regnum Dei* 4 (1948) 201-229, pp. 224-225.

50. [A.] I. Schuster, «I primi giorni della residenza milanese di San Carlo», *Echi di San Carlo* (1937/1) 25-29, p. 27.

51. E. Cattaneo, «Il sinodo diocesano milanese del 1564», en *Miscellanea Carlo Figini, Venegono Inferiore* 1964, 273-280. Por lo demás, sobre el Seminario de Milán, Id., «Nel IV centenario della fondazione del Seminario di Milano», *La Scuola Cattolica* 92 (1964) 291-302; A. Bernareggi, «La fondazione del Seminario di Milano», *Humilitas* (1929/6) 165-169; (1929/7) 197-208; (1929/8) 228-234; (1929/9) 260-263; (1929/10) 292-295.

52. F. Rurale, *I gesuiti a Milano. Religione e politica nel secondo Cinquecento*, Roma 1992.

53. Seguimos aquí el testimonio contemporáneo de Giovanni Battista Casali, un laico comprometido en las primeras Escuelas de la Doctrina Cristiana: *Giornale degli andamenti della Dottrina christiana e dei frutti e delle opere del glorioso san Carlo Borromeo*, Biblioteca Ambrosiana, ms. Trotti 413, ff. 12v-13, citado en E. Cattaneo, «Nel IV centenario della

Aunque carecía de universidad propia –el *studium* de referencia era el de Pavía–, Milán contó con presencias significativas de eruditos humanistas en las instituciones escolásticas que hasta entonces habían contribuido a la formación literaria, filosófica y teológica del clero. Sin embargo, ninguno de ellos parecía suficientemente cualificado para llevar a cabo la renovación deseada por Carlos. Mientras el seminario milanés daba sus primeros pasos bajo el rectorado del español Giacomo Carvajal, no faltaron las fuertes críticas del clero ambrosiano, al que se le pedía que corriera con los gastos de la formación de los nuevos sacerdotes, mientras se les excluía de ella. Así lo constata el jesuita Guido Martelluzzi en su carta anual de 1566, donde señala las críticas de quienes tenían que «pagar diezmos para alimentar a los del seminario, pues parecía fuera de razón que los sacerdotes de la ciudad tuvieran que pagar los gastos de sacerdotes bárbaros»⁵⁴. Por otra parte, los propios jesuitas no estaban del todo satisfechos con la acogida recibida y la precaria ubicación del seminario, hasta el punto de que pronto se pusieron a buscar una nueva sede *per aliam viam*, que concluyó felizmente con el traslado a Porta Orientale, en el convento de San Juan Bautista, convenientemente adaptado respecto al uso que los Humiliati habían hecho de él⁵⁵.

Rodeado de colaboradores de otras Iglesias –religiosos o laicos, italianos o extranjeros–, Carlos sintió la necesidad de implicar al propio clero ambrosiano en tan radicales reformas, superando así los temores y resistencias de la primera hora. Un diálogo constante con los miembros de la Compañía de Jesús confirmó la bondad de la enseñanza teológica ofrecida primero en San Fedele, luego en Brera –en el convento que había sido cuna de los Humiliati–, mientras que la dirección del seminario no estuvo exenta de tensiones y contrastes. La labor educativa de los jesuitas tuvo que enfrentarse continuamente a las exigencias del arzobispo, de su vicario y de la Comisión de delegados, creada para representar al clero secular.

fondazione del Seminario di Milano», 292; C. Castiglioni, «Un codice supposto perduto», *Aevum* 21 (1947) 233-237.

54. Archivum Romanum Societatis Iesu, *Med.* 75, f. 59, carta anual de 1566, citada en F. Rurale, *I gesuiti a Milano*, 66. *ibid.*, 66-69; 72-73.

55. Al principio, el arquitecto Vincenzo Seregni trabajó en el refectorio y la cocina, mientras que en noviembre de 1566 se proyectó un nuevo refectorio, bodegas, dormitorios y enfermería. La gran obra de redefinición de la estructura –el gran cuadrado del patio rodeado por dos órdenes de columnas dóricas acopladas– esperó, sin embargo, al episcopado de Federico Borromeo y a la intervención del arquitecto Fabio Mangone, a quien sucedió a su muerte Carlo Buzzi en colaboración con Francesco Maria Richino. F. Passoni, «Seminario arcivescovile», 52-54; S. Della Torre, «I palazzi del Collegio Elvetico e del Seminario Maggiore in Milano. Stato degli studi», en G. Colmuto Zanella (ed.), *L'architettura del collegio tra XVI e XVIII secolo in area lombarda*, Milán 1996, 77-88; F. Rurale, *I gesuiti a Milano*, 70-71.

En busca de una mejor solución, habiendo descartado la posibilidad de recurrir a la Congregación del Oratorio, que había surgido en torno al carisma de Felipe Neri, en marzo de 1578 el cardenal optó por una nueva fundación, abriendo un «Colegio de sacerdotes y personas eclesiásticas bajo el título de Oblatos de San Ambrosio» cerca de la iglesia milanesa del Santo Sepulcro, y nombrando a Gerolamo Rabia –D’Arabia– como primer Preboste General. En la configuración de la nueva Congregación, la influencia del Oratorio siguió siendo decisiva en lo que se refiere a la vida común de los oblatos y a su estructuración según una jerarquía interna al mismo tiempo sometida a la voluntad del arzobispo ante quien hacían voto de obediencia. Habiendo obtenido del papa Gregorio XIII en pocas semanas –26 de abril de 1578– la aprobación de las primeras *Constitutiones*, al año siguiente se confiaron a los oblatos las diversas sedes del seminario, del Colegio Helvético y del Colegio Universitario que Carlos había construido en Pavía en octubre de 1561⁵⁶.

Como en el caso de los clérigos regulares, a los miembros de la nueva congregación, llamada a ser modelo para todo el presbiterio diocesano, se les exigía ejemplaridad. Tras el episcopado de Gaspare Visconti –el primero en intentar recoger el legado de Carlos–, Federico Borromeo encontraría en los oblatos colaboradores eficaces para completar la reforma disciplinar iniciada por su primo, reforma por lo demás condenada al fracaso, también a causa del excesivo rigor impuesto por Carlos a partir de 1577, tras los difíciles meses de la peste. En 1611, los oblatos optaron también por vincularse al nombre de Carlos, que había sido canonizado el mes de noviembre anterior gracias al empeño de Federico, al apoyo de los cardenales Roberto Bellarmino y Cesare Baronio, y a una concordia sin precedentes con las autoridades españolas⁵⁷. Fueron también los años de la revisión de las *Constitutiones* que regulaban la vida de los Oblatos, y de las *Institutiones* preparadas para el seminario⁵⁸.

56. C. Borromeo, *Statuti degli Oblati di S. Ambrogio*, P. F. Fumagalli (ed.), Milán 1984; A. Rimoldi, «Le istituzioni di S. Carlo Borromeo per il clero milanese», *La Scuola Cattolica* 93 (1965) 427-458; A. Bernareggi, «Il Seminario e gli Oblati», *Humilitas* (1931/21) 681-722; (1931/22-24) 786-806.

57. M. Gotor, *I beati del papa. Santità, Inquisizione e obbedienza in età moderna*, Florencia 2002, 65-78; A. Turchini, *La fabbrica di un santo. Il processo di canonizzazione di Carlo Borromeo e la Controriforma*, Casale Monferrato 1984.

58. Remontándose a 1582 –*a Carolo confectae*–, las *Institutiones ad universum Seminarii regimen pertinentes* se publicaron en 1599, al comienzo del episcopado de Federico Borromeo: A. Ratti (ed.), *Acta Ecclesiae Mediolanensis*, III, Milán 1892, 92-146. S. Xeres, «Il ‘prete di una volta’. Per una storia del modello ‘tridentino’», *La Rivista del Clero Italiano* 84 (2003) 341-355, pp. 346-347; A. Rimoldi, «Le istituzioni di S. Carlo Borromeo per il clero milanese», 430-436.

4. TOMAR DE NUEVO EL ARADO

Al recoger los frutos de los casi veinte años de trabajo del Concilio, es necesario volver al arado para proponer a todo el clero –alto y bajo, joven y viejo– una revisión radical de vida tanto a nivel personal como pastoral. Al estar polarizados entre un alto y un bajo clero, los obispos y presbíteros formados en la transición entre los siglos XV y XVI tuvieron que madurar una adhesión progresiva a las decisiones tomadas en Trento. Fueron inevitables las consecuencias sobre el ejercicio concreto de la pastoral, confiada a un «proletariado eclesiástico» formado por párrocos, capellanes y otros clérigos, mientras que las «aristocracias eclesiásticas» se veían a menudo enfrentadas a los diversos monarcas en una Europa dividida por las protestas de los reformadores y su implicación en una lucha interna dentro de las tierras alemanas en abierto desafío al poder imperial ejercido por el Habsburgo Carlos V –que también ostentaba las coronas de España– y sus sucesores, su hermano Fernando I y su hijo Felipe II⁵⁹. Además, ya desde el inmediato postconcilio, «los límpidos esquemas tridentinos» corrían el riesgo de ser ahogados por «opciones romanas» capaces de reducir «a los obispos italianos al papel de meros ejecutores [de] decisiones centrales»⁶⁰, decisiones no siempre encaminadas a promover la reforma de la Iglesia, sino más bien pasivas acciones de contra-reforma.

El carácter sacramental de la ordenación y la primacía reservada a la *cura animarum* refuerzan la identidad del clero a imagen y semejanza del «Gran Pastor de las ovejas» (Hb 13, 20), el buen pastor –ὁ ποιμὴν ὁ καλός– que da su vida por las ovejas (Jn 10, 11), *alter Christus* separado del pueblo en detrimento de ese sacerdocio universal común a todos los bautizados, exaltado por la reforma evangélica. Tan alta dignidad sacramental debe ir acompañada de una adecuada calidad testimonial en lo que se refiere a la fe, la moral y la caridad. Así purificado, el pastor de almas puede presidir la comunidad y custodiar los asuntos de los individuos y de las familias, registrando nacimientos y defunciones, celebrando bautismos y matrimonios, velando por la conciencia de cada uno. Inmersos todos en la única historia de la salvación, estos fragmentos de vida cristiana no tardarían en cristalizar en la redacción de unos *Status animarum* precisos.

En el plano institucional, este «proceso de transformación [es] muy lento y dista mucho de estar exento de dificultades y contradicciones»⁶¹. A me-

59. M. Rosa, *Clero cattolico e società europea nell'età moderna*, Roma-Bari 2006, 3-88.

60. M. Mancino - G. Romeo, *Clero criminale. L'onore della Chiesa e i delitti degli ecclesiastici nell'Italia della Controriforma*, Roma-Bari 2013, VI.

61. M. Rosa, *Clero cattolico e società europea nell'età moderna*, 54.

nudo sustraído a la intervención directa de los obispos en favor de diversos tipos de patronazgo, el complejo sistema de beneficios eclesiásticos contribuye a dificultar no sólo el nombramiento de párrocos y otras figuras, sino también la aplicación de los criterios tridentinos para la selección de candidatos al ministerio ordenado. Las razones políticas y los intereses familiares consiguen prevalecer sobre las necesidades pastorales. Sobreviven, si no aumentan, los clérigos menores que no alcanzan el grado del presbiterado, pero pueden disfrutar de la promoción social que garantiza este estado de vida sin asumir demasiadas responsabilidades. A pesar de estas dificultades, muchos obispos multiplican sus iniciativas para garantizar una cierta autonomía en la valoración de la sinceridad de la intuición vocacional, la calidad de la formación y la bondad moral del candidato. Después de la ordenación, la intervención del obispo se renueva con ocasión de los concursos para un destino pastoral específico⁶².

Frente a «un esfuerzo general de uniformidad y de universalismo dirigido por la Iglesia de Roma»⁶³, el catolicismo europeo conoció una incontenible y fluida diversidad de modelos, algunos de los cuales se impusieron mayoritariamente en la península ibérica, otros en la península italiana, otros en las tierras francesas. En diálogo con las «difíciles y contrastadas realizaciones tridentinas»⁶⁴ y con las sociedades cambiantes, la formación del clero incorpora también múltiples acentos y aportaciones. Digna de mención es la contribución ofrecida por las familias religiosas recientemente fundadas, clérigos regulares entre los que destacan los miembros de la Compañía de Jesús, seguidos por los Teatinos, Barnabitas, Somascos, así como los Oratorios nacidos del carisma de Felipe Neri –Pierre de Bérulle en Francia–, la obra de Jean Eudes y la reunión de la Congregación de la Misión en torno a Vicente de Paúl. En diálogo con el episcopado de las distintas naciones, a veces en tensión y competencia con el clero secular, todos ellos intervinieron en la formación teológica y el acompañamiento espiritual de los candidatos a las sagradas órdenes, protagonistas de la lenta pero fecunda afirmación de la institución del seminario.

NOTA DE LOS EDITORES: Una versión más amplia de este trabajo puede encontrarse en la versión italiana del mismo publicada simultáneamente en *La Scuola Cattolica* 152 (2024).

62. *Ibid.*, 54-57.

63. *Ibid.*, x.

64. *Ibid.*, VIII.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- Alberigo, G. et al. (eds.), *Conciliorum Œcumenicorum Decreta*, Bolonia²2002.
- Borromeo C., *Statuti degli Oblati di S. Ambrogio*, P. F. Fumagalli (ed.), Milán 1984.
- Concilii Tridentini actorum pars altera. Acta post sessionem tertiam usque ad Concilium Bononiam translatum*, ed. S. Ehses, Friburgi Brisgoviae 1911.
- Concilii Tridentini actorum pars sexta complectens acta post sessionem sextam (XXII) usque ad finem Concilii*, ed. S. Ehses, Friburgi Brisgoviae 1924.
- Concilii Tridentini epistularum pars prima complectens epistulas a die 5 Martii 1545 ad Concilii translationem 11 Martii 1547 scriptas*, ed. G. Buschbell, Friburgi Brisgoviae 1916.
- Corpus Iuris Canonici*, II. *Decretalium collectiones* ed. E. Friedberg, Leipzig 1831.
- Ratti, A. (ed.), *Acta Ecclesiae Mediolanensis ab eius initiis usque ad nostram aetatem*, III, Milán 1892.
- Sacra Congregatio pro Institutione Catholica (ed.), *Enchiridion Clericorum. Documenta Ecclesiae futuris sacerdotibus formandis*, Ciudad del Vaticano²1975.

Estudios

- Alberigo, G., «San Carlo e il suo modello di vescovo», en *San Carlo e il suo tempo. Atti del Convegno Internazionale nel IV centenario della morte (Milano, 21-26 maggio 1984)*, I, Roma 1986, 181-208.
- Almeida Rolo, R. de, «S. Carlo Borromeo, discepolo e protettore del braccarense Bartolomeu dos Mártires», in *San Carlo e il suo tempo. Atti del Convegno Internazionale nel IV centenario della morte (Milano, 21-26 maggio 1984)*, II, Roma 1986, 1135-1164.
- Baroni, C., «Il Seminario Maggiore sul corso di Porta Orientale», *Humilitas* (1938/25) 929-954.
- Bedouelle, G., *La riforma del Cattolicesimo (1480-1620)*, Milán 2003.
- Bernareggi, A., «La fondazione del Seminario di Milano», *Humilitas* (1929/6) 165-169; (1929/7) 197-208; (1929/8) 228-234; (1929/9) 260-263; (1929/10) 292-295.
- Bernareggi, A., «La formazione dei Chierici fuori del Seminario di Milano al tempo di San Carlo e dopo», *Humilitas* (1930/ 16-17) 573-578.
- Castiglioni, C., «Un codice supposto perduto», *Aevum* 21 (1947) 233-237.
- Cattaneo, E., «Il sinodo diocesano milanese del 1564», en *Miscellanea Carlo Figini*, Venegono Inferiore (Va) 1964, 273-280.
- Cattaneo, E., «Nel IV centenario della fondazione del Seminario di Milano», *La Scuola Cattolica* 92 (1964) 291-302.
- Citrini, T., *Presbiterio e presbiteri, V. Canonici, scolastici, parroci, frati (XII-XIII secolo)*, Milán 2018.

- Del Re, N., *La Curia romana. Lineamenti storico-giuridici*, Ciudad del Vaticano⁴1998.
- Della Torre, S., «I palazzi del Collegio Elvetico e del Seminario Maggiore in Milano. Stato degli studi», en G. Colmuto Zanella (ed.), *L'architettura del collegio tra XVI e XVIII secolo in area lombarda*, Milán 1996, 77-88.
- Dianich, S., «La teologia del presbiterato al Concilio di Trento», *La Scuola Cattolica* 99 (1971) 331-358.
- Esquerda Bifet, J., «La institución de los seminarios y la formación del clero (Trento)», *Seminarios* 47 (2001) 345-365.
- Ferrario, F., «Togli Cristo dalle Scritture, che cosa vi troverai? Parola e Scrittura in Lutero», in V. Di Pilato - M. Vergottini (eds.), *Teologia dalla Scrittura. Attestazione e interpretazioni*, Milano 2011, 141-160.
- Firpo, M. - G. Maifreda, *L'eretico che salvò la Chiesa. Il cardinale Giovanni Morone e le origini della Controriforma*, Turín 2019.
- Fois, M., «Carlo Borromeo Cardinale Nepote di Pio IV», *Studia Borromaica* 3 (1989) 7-44.
- Fumagalli, A., «Perché la Chiesa?», en G. Cislighi (ed.), *Perché la Chiesa? Un'introduzione all'ecclesiologia*, Milán 2009, 5-11.
- Ganzer, K., «La conclusione dell'edizione degli atti del concilio di Trento», *Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento* 23 (2003) 389-403.
- García de Castro Valdés, J., «Claudio Jayo (Vulliet ca. 1504 - Viena 1552): compañero, teólogo, apóstol», *Estudios Eclesiásticos* 80 (2005) 485-542.
- García Villoslada, R., *Storia del Collegio Romano dal suo inizio (1551) alla soppressione della Compagnia di Gesù*, Romae 1954.
- Gotor, M., *I beati del papa. Santità, Inquisizione e obbedienza in età moderna*, Florencia 2002.
- Guasco, M., «La formazione del clero: i seminari», en G. Chittolini - G. Miccoli (eds.), *Storia d'Italia. Annales, IX. La Chiesa e il potere politico dal medioevo all'età contemporanea*, Turín 1986, 631-715.
- Guasco, M., *La formazione del clero*, Milán 2002.
- Jedin, H., *Riforma cattolica o Controriforma? Tentativo di chiarimento dei concetti con riflessioni sul Concilio di Trento*, Brescia⁴1987.
- Jedin, H., *Storia del Concilio di Trento, II. Il primo periodo 1545-1547*, Brescia³2009.
- Jedin, H., *Storia del Concilio di Trento, IV/1. La Francia e il nuovo inizio a Trento fino alla morte dei legati Gonzaga e Seripando*, Brescia³2010.
- Jedin, H., *Storia del Concilio di Trento, IV/2. Il terzo periodo e la conclusione. Superamento della crisi per opera di Morone, chiusura e conferma*, Brescia²2010.
- Juan de Ávila, «Reformación del estado eclesiástico», en *San Juan de Ávila. Obras completas*, L. Sala Balust - F. M. Hernández (eds.), III, Madrid 2001, 485-514.
- Linari, C., «Contributo dell'Ordine teatino al concilio di Trento», *Regnum Dei* 4 (1948) 201-229.
- Majo, A., s.v. «Ormaneto, Niccolò (1515 c.-1577)», en Id. (ed.), *Dizionario della Chiesa ambrosiana*, IV, Milán 1990, 2588-2590.

- Majo, A., *Storia della Chiesa ambrosiana. Dalle origini ai nostri giorni*, Milán 1995.
- Mammarella, G., *Il Seminario di Larino, primo della Cristianità*, Roma 2013.
- Mancino, M. - G. Romeo, *Clero criminale. L'onore della Chiesa e i delitti degli ecclesiastici nell'Italia della Controriforma*, Roma-Bari 2013.
- Marchisano, F., «L'evoluzione storica della formazione del clero», *Seminarium* 25 (1973) 299-322.
- Marcora, C., «Niccolò Ormaneto, vicario di S. Carlo (giugno 1564 - giugno 1566)», *Memorie storiche della diocesi di Milano* 8 (1961) 209-590.
- Martini, C. M., «Presentazione», en *San Carlo e il suo tempo. Atti del Convegno Internazionale nel IV centenario della morte (Milano, 21-26 maggio 1984)*, I, Roma 1986, v-vi.
- O'Donohoe, J. A., *Tridentine Seminary Legislation. Its Sources and its Formation*, Lovaina 1957.
- Pablo VI, ep. ap. *Summi Dei Verbum*, 4 de noviembre de 1963: *AAS* 55 (1963) 979-995; *Osservatore Romano*, 4-5 de noviembre de 1963, 6-7.
- Panzeri, G., «Carlo Borromeo e la figura ideale del vescovo della Chiesa tridentina», *La Scuola Cattolica* 124 (1996) 685-731.
- Pasquato, O., «La formazione del presbitero nella tradizione ecclesiale dalle origini dal Concilio di Trento (1545-1563): rapporti con *Pastores dabō vobis*», en L. Andreatta - F. Marinelli (eds.), *Gli operatori pastorali del pellegrinaggio*, Casale Monferrato 1994, 181-220.
- Passoni, F., «Seminario arcivescovile», en M. L. Gatti Perer - A. Spiriti (eds.), «Atlante del barocco lombardo», *Arte Lombarda* 123 (1998) 52-55.
- Pelliccia, G., *La preparazione ed ammissione dei Chierici ai Santi Ordini nella Roma del secolo XVI. Studio storico con fonte inedite*, Roma 1946.
- Peri, V., «Trento: un concilio tutto occidentale», en A. Melloni *et al.* (eds.), *Cristianesimo nella storia. Saggi in onore di Giuseppe Alberigo*, Bologna 1996, 213-277.
- Pietrantonio, U., *Il Seminario di Larino, primo postridentino. Cenni di storia dalle origini ai giorni nostri (1564-1964)*, Ciudad del Vaticano 1965.
- Prosperi, A., *Tribunali della coscienza. Inquisitori, confessori, missionari*, Torino 1996.
- Rimoldi, A., «Le istituzioni di S. Carlo Borromeo per il clero milanese», *La Scuola Cattolica* 93 (1965) 427-458.
- Roncalli, A. G., *Gli inizi del Seminario di Bergamo e S. Carlo Borromeo. Note storiche con una introduzione su il Concilio di Trento e la fondazione dei primi Seminari*, Bergamo 1939.
- Rosa, M., *Clero cattolico e società europea nell'età moderna*, Roma-Bari 2006.
- Rurale, F., *I gesuiti a Milano. Religione e politica nel secondo Cinquecento*, Roma 1992.
- Sangalli, M., «La formación del clero católico en la edad moderna. De Roma, a Italia, a Europa», *Manuscripts* 25 (2007) 101-128.

- Scaduto, M., «Seminari e Collegi», *Civiltà Cattolica* 115 (1964) II 343-352; III 18-28.
- Scaduto, M., *Storia della Compagnia di Gesù in Italia, IV. L'epoca di Giacomo Lainez. 1556-1565. L'azione*, Roma 1974.
- Schmidt, P., *Das Collegium Germanicum in Roma und die Germaniker. Zur Funktion eines römischen Ausländer-Seminars (1552-1914)*, Tübinga 1984.
- Schuster, [A.] I., «I primi giorni della residenza milanese di San Carlo», *Echi di San Carlo* (1937/1) 25-29.
- Tagliaferri, M., «Ministero e spiritualità del prete: modelli formativi», en S. Noceti et al. (eds.), *Il prete. Il suo ministero, le sue relazioni*, Milano 2023, 243-292.
- Tenenti, A., *L'età moderna. XVI-XVIII secolo*, Bologna ²1997.
- Toscani, X., «I Seminari e il clero secolare in Lombardia nei secoli XVI-XIX», en A. Caprioli et al. (eds.), *Chiesa e società. Appunti per una storia delle diocesi lombarde*, Brescia 1986, 215-262.
- Toscani, X., «La Chiesa di Pavia in età moderna», en A. Caprioli et al. (eds.), *Diocesi di Pavia*, Brescia 1995, 267-348.
- Tria, G. A., *Memorie storiche civili ed ecclesiastiche della città e diocesi di Larino*, Roma 1744.
- Turchini, A., *La fabbrica di un santo. Il processo di canonizzazione di Carlos Borromeo e la Controriforma*, Casale Monferrato 1984.
- Tusor, P., «Il Collegio Germanico-Ungarico in Roma ed il suo *Liber Ordinatum*», en A. Boccolini et al. (eds.), *I Collegi per stranieri a/e Roma nell'età moderna, I. Cinque-Settecento*, Viterbo 2023, 31-56.
- Valle, L., *Il Seminario Vescovile di Pavia dalla sua fondazione all'anno 1902*, Pavia 1907.
- Whitehead, M., «The English College, Rome, and the English Colleges of Valladolid and Saint Omer», en A. Boccolini et al. (eds.), *I Collegi per stranieri a/e Roma nell'età moderna, I. Cinque-Settecento* Viterbo 2023, 127-143.
- Xeres, S., «Il 'prete di una volta'. Per una storia del modello 'tridentino'», *La Rivista del Clero Italiano* 84 (2003) 341-355.